

“Y mientras iba caminando, al acercarse a Damasco, una luz que venía del cielo lo envolvió de improviso con su resplandor. Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?».

El preguntó: «¿Quién eres tú Señor?». «Yo soy Jesús, a quien tú persigues»” (Hch, 9, 3-5)

Hola amigos y amigas, ¿cuántos Saulos hay todavía? ¿Cuántos que aún conociendo a Jesús y sabiendo que es el Hijo de Dios, no le dejamos que entre definitivamente en nuestra vida y lo apartamos, porque así son “las cosas más fáciles”? ¡Ay, si esa Voz nos llamara por nuestro nombre y nos reclamara nuestro olvido! ¿Cuántos de nosotros ponemos en valor y priorizamos aquello que deberíamos hacer, y colocamos en los últimos puestos UN RATITO DE ORACIÓN? Hoy se nos termina el día entre ordenadores, móviles, tablet, tv. ... ¿Y la oración?, la oración... mañana, un día y otro día. ¿Cuántos minutos del Señor, de la familia, de los amigos perdidos para siempre? Ese Saulo que se cayó del caballo y escuchó una voz, puedes ser tú o yo. ¿Y qué le vamos a responder?; Saulo por lo menos no lo conocía y cumplía con un deber. Pero... ¿y nosotros? ¿Qué le vamos a decir? ¿Cómo se le dice a un Padre, que todo lo ve y todo lo sabe, QUE NO HAS TENIDO TIEMPO? ¿En qué lugar de la lista le decimos que lo tenemos? Nosotros, los que conocemos a Jesús, cuando caigamos del caballo de la vida, nos pregunte esa Voz y no podamos o no sepamos responder, puede que no solo perdamos el poder ver la LUZ. Ese día puede que perdamos lo que El nos vino a traer, LA VIDA ETERNA.

Creednos si os decimos que merece la pena **VIVIR POR Y PARA JESÚS** y no olvidemos que siempre hay que ir, como nuestro querido Don José lo fue siempre, **DE LA MANO DE MARÍA**. Tomemos ejemplo del anciano Simeón, en el Día de la Presentación del Señor que decía: "Ahora, Señor, puedes, según tu palabra, dejar que tu siervo se vaya en paz; porque han visto mis ojos tu salvación". Simeón se mantuvo fiel toda una vida esperando al Salvador, y nosotros que lo tenemos desde que abrimos los ojos, no queremos verlo u olvidamos que lo tenemos ahí. Pidamos pues a María la fuerza y la valentía necesarias para que cuando nos llame podamos decirle con voz clara y potente **“AQUÍ ESTOY SEÑOR PARA HACER TU VOLUNTAD”**.

La Asamblea General Extraordinaria del pasado domingo 23 de febrero fue la más multitudinaria de las que se recuerdan. En ella fue elegido Presidente de nuestra Peña, por 127 votos a favor y 5 en blanco, D. Fernando Yuste Guisado. Enhorabuena a todos, tanto a los nuevos Presidente y Directivos, como a la gran cantidad de socios que acudió al acto haciendo que la sede de la Peña se quedara pequeña. Hubo al comienzo un emotivo recuerdo a nuestro siempre Presidente D. José, artífice principal de la existencia de nuestra Peña y que también participó en la Asamblea, ya que estuvo presente en el corazón de todos los asistentes. Que la Divina Providencia nos llene de sabiduría para ser capaces de mantener viva la esencia y la luz de esta Antorcha. Os queremos reproducir la frase que don José escribía en su primera circular el 23 de marzo de 1973, pues aún hoy más que nunca tiene sentido y os la trasladamos con todo su sentido **“Es deseo de esta Junta Directiva que todo socio adopte una postura activa, participando en aquella actividad que mejor armonice con sus condiciones personales y vocacionales”**

Recién llegados de la aldea del Rocío, en la que ha tenido lugar nuestra convivencia anual del mes de febrero, llegamos cansados después de tres días sometiendo a nuestros corazones a innumerables muestras de afecto y repetidas emociones. Durmiendo prácticamente junto al Camarín de la Reina de las Marismas. Caminando hacia encontrarnos con Ella en un Vía Crucis de acción de gracias por todos los dones recibidos durante el último año. Hablándole mediante el rezo del Rosario o con la ternura de un hijo para con su madre. Dándole gracias, pidiéndole favores, ofreciéndole promesas. Compartiéndolo todo, amistad, cariño, entrega, comprensión, vivencias. Un año más y ya van ocho hemos vuelto, cansados sí, pero dispuestos a afrontar todo lo que nos tenga que venir con la mayor energía y con la esperanza de que pronto, muy pronto, volveremos a sus Plantas para decirle “Rocío aquí nos tienes de nuevo”.

El domingo 16 de marzo, como ya apuntamos, tendrá lugar la celebración de las Bodas de Oro y Plata matrimoniales de este año, aplazada en su día por el fallecimiento de D. José. La misa tendrá lugar en la iglesia de Portaceli a las 13,15 h, posteriormente almorzaremos todos juntos en el restaurante La Basílica y el precio será de 30 €. La asistencia al almuerzo es limitada y para apuntarse hay que dirigirse a Cristóbal. A la misa puede asistir quien lo desee.

La misa del próximo viernes, día 7, será por Amparo, hermana de nuestro querido socio Juan Martin-Loeches fallecida recientemente. Y como habitualmente hacemos al terminar, nuestros mejores deseos de recuperación para todos los enfermos de la Peña. Animaos y no estéis tristes, escuchad al Papa Francisco cuando nos dice:” Si algún día la tristeza te hace una invitación, dile que ya tienes un compromiso con la alegría y que le serás fiel toda la vida”.

Nada más hasta la próxima. Un cordial saludo de

LA JUNTA DIRECTIVA

San Juan de Dios (Día 8 de Marzo)

Corrían tiempos de esplendor para España cuando nació, en Portugal, Juan Ciudad, después conocido como San Juan de Dios. Era el año 1495. Los Reyes Católicos habían puesto fin poco antes a la presencia islámica en nuestro país. Estaba empezando la gesta del descubrimiento y evangelización de América.

Cuando Juan era un mozo, atraído por la promesa de fortuna que se anunciaba en Castilla, a la que empezaba ya a llegar el oro americano, vino a España y terminó por recalar en Granada.

Pero en aquella época dorada, cuando el Imperio español avanzaba hacia su cenit y el dinero corría fácilmente por las calles y plazas, engalanando con obras de arte las ciudades y los templos, también había, como ahora, una doble realidad.

Si hoy decimos que existe un “cuarto mundo”, un mundo de pobreza y miseria, que convive con el “primer mundo”, el de los ricos, codo a codo, en las mismas calles, en las mismas ciudades, entonces pasaba algo parecido. Mientras algunos se enriquecían rápidamente, eran muchos los que no se beneficiaban con el nuevo poder que adquiría España. Los pobres seguían llenando las calles y las plazas, pidiendo limosna a las puertas de los templos, lo mismo que los enfermos seguían siendo marginados si no tenían dinero suficiente para costearse algún médico privado.

Todo esto lo vio Juan Ciudad en la rica Granada. El contacto con esta realidad cambió su vida. Comprendió que había un tesoro más valioso que el oro y que ese tesoro no le interesaba a nadie. Eran los pobres, los enfermos, los locos, toda aquella corte de abandonados y miserables que circulaban por las calles de la antigua capital árabe y que mostraban a todos sus heridas con la esperanza de conseguir alguna misera limosna.

Armado de valor y de amor, se lanzó a una singular aventura, en aquella época de aventureros y descubridores. Mientras otros descubrían para España países enteros y conquistaban reinos fabulosos, él se empeñaba hasta las cejas para abrir hospitales donde recoger a los enfermos, asilos para los huérfanos u hogares para locos. Si los demás fundaban imperios, él fundaba una Orden religiosa que pronto se extendería por el mundo y que, en Italia por ejemplo, era y es conocida con el significativo nombre de los *fatte bene fratelli*, “haced el bien, hermanos”.

¡Cuántas dificultades tuvo que afrontar Juan de Dios para llevar a cabo su misión! ¡Cuántas amarguras y zancadillas, puestas incluso por gente de la misma Iglesia! Pero Dios estaba con él y le sostenía con su fuerza. Es muy ilustrativa, a este respecto, una carta que escribía el santo en esa difícil época:

“Son tantos los pobres que aquí se llegan, que yo mismo muchas veces estoy espantado cómo se pueden sustentar, mas Jesucristo lo provee todo y les da de comer. Como la ciudad es grande y muy fría, especialmente ahora en invierno, son muchos los pobres que se llegan a esa casa de Dios. Entre todos, enfermos y sanos, gente de servicio y peregrinos, hay más de ciento diez. Como esta casa es general, reciben en ella generalmente de todas enfermedades y suerte de gentes, así que hay tullidos, mancos, leprosos, mudos, locos, paralíticos, tiñosos y otros muy viejos y muy niños y, sin éstos, otros muchos peregrinos y viandantes, que aquí se allegan, y les dan fuego y agua, sal y vasijas para guisar de comer. Para todo esto no hay renta, mas Jesucristo lo provee todo. De esta manera, estoy aquí empeñado y cautivo por sólo Jesucristo. Viéndome tan empeñado, muchas veces no salgo de casa por las deudas que debo, y viendo padecer tantos pobres, mis hermanos y prójimos, y con tantas necesidades, así el cuerpo como al ánima, como no los puedo socorrer, estoy muy triste, mas empero confío en Jesucristo; que él me desempeñará, pues él sabe mi corazón.”

Basta con leer este texto para comprender sus dificultades, pero también para entender cuáles eran sus motivos y qué grande era el amor a Cristo que le movía a meterse en tamañas aventuras. Si otros viajaban en busca de dinero o de prestigio, él no podía ni salir a la calle para que no se le echaran encima los acreedores de tanto dinero como debía. Dinero que había gastado no en juergas sino en alimentar a los mendigos y en comprar medicinas para los enfermos.

Y si eso hizo en aquellos años gloriosos Juan de Dios, ¿qué no podemos hacer nosotros ahora? ¿Es qué no vemos la necesidad a nuestro alrededor? ¿No percibimos el cuarto mundo que convive con nuestra comodidad y con nuestro hipócrita “Estado del bienestar”?

Lo que faltan no son posibilidades sino ganas. Haría falta tener el amor a Cristo y a los pobres que tuvo San Juan de Dios. Ese amor nos llevaría, ciertamente, a complicarnos la vida, pero también a aliviar la suerte de los demás y, en el fondo, a hacer de nuestra existencia algo maravilloso y único, en lugar de algo gris, rutinario y aburrido, por más cómodo que eso nos parezca.